

NOTAS Y DOCUMENTOS

PREMIOS "ATENEA" LITERARIO Y CIENTIFICO 1962

En solemne ceremonia efectuada el 22 de noviembre en la Escuela de Derecho, el Rector de la Universidad de Concepción, Dr. Ignacio González G., procedió a entregar los premios *Atenea* a los profesores Hernán Larraín Acuña y Hermann Niemeyer Fernández.

Los agraciados obtuvieron las distinciones por sus obras *La Génesis del Pensamiento de Ortega* y *Bioquímica General*, respectivamente.

Usaron de la palabra el profesor Roberto Torretti, de la Facultad de Filosofía y Educación, para presentar y destacar la obra del profesor Larraín y el profesor Alberto Moena, Director del Departamento de Bioquímica, para señalar la importancia de la obra del Dr. Niemeyer, y además los agraciados con los respectivos premios *Atenea*.

Damos a continuación los discursos pronunciados en esa oportunidad.

<https://doi.org/10.29393/At402-135DSRA10135>

DISCURSO DEL SEÑOR ROBERTO TORRETTI

La vida del espíritu es imitación creadora y toda originalidad fecunda supone el firme arraigo de una tradición: esta es una verdad que nos parece cada vez más clara, aunque todavía surjan, de tarde en tarde, quienes pretenden revivir entre nosotros la fábula romántica de que el hombre libre debe vivir sin modelos, de que una cultura auténtica brota directamente del suelo, como las setas del bosque después de la lluvia. Porque no es así, porque el espíritu siempre presupone al espíritu, porque el poeta no puede inventar su lengua ni el pensador improvisar sus logos, sino que tienen ambos que aprender de sus mayores aquello mismo que están llamados a renovar, la vida espiritual es un perpetuo seguir ejemplos, seguirlos para poder darlos. Importa, claro está, sobremanera cuáles sean los ejemplos que se sigan; y las instituciones establecidas para velar por la educación y la cultura de una comunidad tienen la obligación ineludible de escoger y destacar aquellos hombres y aquellas obras que parezcan dig-

nas de ser imitadas. Nosotros, en las universidades, lo hacemos, casi sin darnos cuenta, continuamente en nuestro trabajo diario; pero es bueno que lo hagamos también, excepcionalmente, de modo deliberado, en una ocasión festiva como ésta, otorgando un premio literario. Con él quiere celebrarse, desde luego, la cosa buena y bella que es una obra lograda. Pero al celebrársela se la está señalando a los jóvenes y también a los adultos como un modelo que puede ofrecerles una inspiración feliz en sus labores. Tal es la grave responsabilidad que la Universidad asume cuando discierne un premio. Con ello sigue su vocación natural de guía y guardiana de los trabajos del espíritu.

La Universidad de Concepción ha otorgado este año su tradicional premio literario al estudio sobre *La génesis del pensamiento de Ortega* del padre Hernán Larraín Acuña. No creo que me corresponda a mí recordar los méritos sobresalientes del autor. No puedo contener, sin embargo, una pregunta personal, que sospecho está también en el ánimo de muchos de los presentes, y que tal vez el padre Larraín podría contestarnos: ¿Cómo consigue multiplicarse para hacer tantas cosas diversas y difíciles y hacerlas, a lo que vemos, todas bien? Rector de la Universidad Católica de Valparaíso, una institución vigorosa y expansiva, Director en la Universidad Católica de Chile de un Instituto de Psicología, disciplina compleja y resbaladiza, el padre Larraín dirige además la revista *Mensaje*, que tiene el privilegio entre las publicaciones de su género de despertar también la admiración de sus adversarios, al menos la de los inteligentes e ilustrados, porque resulta interesante e instructiva aun para quienes no comparten la ideología que la inspira. ¿Cómo ha podido, entre todas estas actividades absorbentes, hacerse de las horas, las muchas horas de estudio paciente y meditación recogida que necesitó para regalarnos con el libro que hemos venido a celebrar?

Para aquilatar el trabajo del padre Larraín debemos conocer el problema que quiere resolver. Se trata de una cuestión controvertida concerniente al significado de la obra de Ortega y Gasset. En uno de sus aspectos, no lo discute nadie. Todos los que en el mundo hispánico nos dedicamos en este momento al cultivo de la filosofía sentimos que sin Ortega este modo nuestro de vivir no habría sido posible. Ortega ha renovado los estudios filosóficos en lengua española, y podemos, creo, atribuir a su magisterio la difusión y el empuje que han alcanzado en las últimas décadas. Conocemos la importancia para nuestra disciplina de la labor editorial de la *Revista de Occidente*, continuada después de la Guerra Civil por el Fondo de Cultura mexicana y las casas españolas transplantadas a Buenos Aires. Sabemos además que toda una generación brillante de pensadores y maestros españoles, Gaos Granell, Nicol, Zubiri, García Bacca, Recasens, Ferrater, Marías, se la debemos a Ortega, si no en cuanto a la configuración de sus pensamientos, en todo caso en cuanto a la definición de sus vocaciones. Pero esta influencia del educador Ortega no se limita al círculo, pequeño siempre, de los estudiosos, ni se detiene en la puerta de las aulas. No fue

por gratuito amor a la teoría pura que Ortega se dedicó a la enseñanza de la filosofía. Quería, antes bien, reincorporar a España a la corriente central de la vida europea, de la que, poco a poco, había ido separándose. Y vio certeramente, con un acierto que bastaría para hacerlo inolvidable, que la filosofía, esto es, la tradición heredada de los griegos del examen libre de todas las realidades y todas las instituciones, era lo constitutivo de Europa, lo que le confería este carácter suyo individual de ser la única cultura universal, capaz de unir y dar forma a una humanidad que se había adueñado del planeta. Si queríamos volver a vivir como legítimos hijos de Europa, nosotros, los españoles de ambos lados del Océanos, teníamos que empezar por hacer nuestra filosofía.

La grandeza indiscutida de Ortega como misionero de la filosofía no asegura, sin embargo, ni su originalidad ni su importancia como filósofo. Estos puntos son materia controvertida, y, como señala el padre Larraín, es inusitada la disparidad de las opiniones al respecto: para unos Ortega no es más que un periodista, su filosofía es nula, no tiene profundidad ni originalidad, carece de metafísica, su pensamiento es discontinuo e invertebrado; para otros, en cambio, es todo lo contrario de un periodista, el autor de la más profunda novedad filosófica de nuestro tiempo, el gran innovador de la metafísica actual, esencialmente sistemático en su pensamiento. Sin enrolarse en ninguno de estos dos bandos extremos, el padre Larraín quiere darnos en su libro una base objetiva, ampliamente documentada, para decidir la *quaestio disputata* de la originalidad filosófica de Ortega. Para la solución metódica del problema, tiene primero que acotar sus términos: se ha dicho que todas o casi todas las enseñanzas más peculiares de Ortega se encuentran también en las obras de Dilthey y de Heidegger; para probar que Ortega no las tomó de allí hay que mostrar que ellas aparecen ya en sus escritos anteriores a 1927, por cuanto la primera obra importante de Heidegger se publicó en ese año y es razonable presumir que Ortega sabía lo que decía cuando escribió, en 1933, que recién venía conociendo a Dilthey. Con este propósito el padre Larraín estudia genéticamente el pensamiento de Ortega, entre 1902 y 1927, cuidando de mencionar el año de publicación de cada obra que cita, rastreando en ensayos dispersos y artículos de periódicos los indicios de la presencia temprana de todas esas ideas y temas con que nos ha familiarizado la lectura de sus obras más tardías. El material reunido es impresionante y prueba, me parece, suficientemente, lo que el autor se propuso demostrar. Cabe siempre, claro está, preguntarse si tal o cual idea que Ortega, según lo ha evidenciado el padre Larraín, no pudo tomar de Dilthey ni de Heidegger, no se encontraba ya expuesta en las obras de Nietzsche; pero con aprender de Nietzsche, Ortega sólo habría mostrado ser lo que de él menos que de nadie se podría negar que fue: un hijo de su tiempo, un hombre de su generación, lo cual no puede ir en desmedro de su originalidad. Gracias a su investigación de las obras primerizas de Ortega el padre Larraín puede concluir que en ellas se exteriorizaba ya la "intuición filosófica básica"

que luego se articulará en el "sistema maduro" del pensador español. Por mi parte, como lo saben mis alumnos en esta Universidad, no suscribo esta concepción schopenhaueriana de las filosofías como "intuiciones" que se expresan articuladamente en "sistemas". Pero el padre Larraín nos dice que esa era la concepción de Ortega, y es justo que lo mida con su propia vara. Queda todavía por saber si la "reflexión" de Ortega sobre su intuición, no ya sus *aperçus*, sino sus *Gedankengänge*, sus cursos de pensamiento, poseen la fuerza iluminadora o la audacia crítica que admiramos en los de Husserl, de Heidegger, de Wittgenstein. Pero éste viene a ser el tema de la importancia de la filosofía de Ortega, que el padre Larraín, sabiamente, prefiere dejar a otros. El se ha propuesto asegurar a Ortega de una vez por todas su carta de ciudadanía como filósofo original; y debemos reconocer que lo ha logrado con brillo —aunque, como es inevitable, no faltarán quienes sigan mirando de reojo a un filósofo cuya prosa no consigue, ni por su precisión ni por su intensidad, evocar esa atmósfera fascinante en que nos sume la lectura de una página de Aristóteles o de Hegel.

Quisiera destacar particularmente el tratamiento que da el padre Larraín a la noción orteguiana del "fondo insobornable", ese proyecto que radicalmente somos y del que dimana una voz que nos llama a realizarlo, a ser de hecho lo que somos en proyecto. Ese "fondo sustancial", como lo designa Ortega, que nos constituye en lo que tenemos de más propio y personal, no puede llamarse sustancia —dice el padre Larraín—, porque en el vocabulario de Ortega esta palabra significa siempre algo estático, muerto. De este modo sugiere que podríamos darle ese nombre si entendemos la sustancia, según la tradición clásica, como actualidad, actividad, vida. A la luz de esta interpretación ontológica del "fondo insobornable", el perspectivismo de Ortega recuerda poderosamente la metafísica de Leibniz, faltando tan sólo las *monas monadum*, que, como el padre Larraín cuida de advertirnos, la filosofía de Ortega no incluye, pero tampoco excluye. Esta afinidad con Leibniz resulta muy significativa si tenemos presente la renovación de la concepción monadológica en la filosofía tardía de Husserl y la declarada inspiración leibniziana del pensamiento de Wolfgang Cramer, al parecer la figura más notable de la filosofía alemana reciente.

Pero no debo extenderme sobre los detalles del libro del padre Larraín, que ustedes seguramente querrán conocer por cuenta propia. Segura en su método, clara en sus conceptos, tranquila y firme en sus conclusiones, esta obra exhibe una ecuanimidad rara en la literatura sobre Ortega, que ha solido abundar en ditirambos empalagosos. En la hora presente, cuando gracias a una esclarecida política universitaria empieza a ser posible en Chile que jóvenes estudiosos se dediquen de lleno a la investigación de cuestiones histórico-culturales, resulta extraordinariamente oportuna la aparición de una obra como ésta, que puede servirles de ejemplo de lo que es dable obtener en ese campo con una búsqueda acuciosa y una elaboración inteligente. Estudiándola llegarán al convencimiento, que deberían todos tener, pero que a algunos visiblemente les falta, de que no basta para escri-

bir sobre un filósofo haber leído media docena de sus obras en un veraneo, de que el estudio serio de un problema de este género exige saber con claridad lo que se quiere y los medios que se precisan para lograrlo, y, sobre todo, de que es enteramente injustificado mantener una doble norma de exigencias, una severa para los libros importados, otra indulgente para los libros nacionales. La obra que festejamos ahora sólo ha podido escribirse gracias a la adopción de una disciplina rigurosa. Dios quiera que crezca cada día el número de los nuestros que se decidan a seguir este camino.

Padre Larraín: Perdone usted si no he sido capaz de hacer justicia a todos los méritos de su libro. Créame que para nosotros es un motivo de gran alegría y satisfacción que usted haya venido hasta aquí a recibir el premio literario *Atenea* que le ha otorgado la Universidad de Concepción.

DISCURSO DEL DR. ALBERTO MOENA GOMEZ

Me ha correspondido, como Director del Departamento de Bioquímica de nuestra Universidad, la muy grata misión de presentar al profesor Hermann Niemeyer, Profesor extraordinario de la Cátedra de Química Fisiológica y Patológica, de la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile, a quien le ha sido otorgado el premio científico *Atenea*, por la publicación de su libro *Bioquímica General*.

He expresado que dicha comisión me es muy grata, pero en el sentido estricto de los hechos no es propiamente una presentación, ya que en varias oportunidades hemos tenido el agrado de escucharlo en nuestros auditorios, cuando hemos solicitado su presencia para dictarnos charlas y conferencias, sobre temas de su especialidad y aprovecho esta oportunidad para reiterarle nuestros agradecimientos, por la aceptación que siempre encontramos en él, a nuestras demandas de traernos el aporte de sus contribuciones científicas.

Permitidme atraer vuestra atención para poder destacar antes ustedes algunos de los principales rasgos de la carrera académica del profesor Niemeyer, aun cuando estoy seguro de que con ello voy a herir su innata modestia.



El profesor Hermann Niemeyer nació en Ovalle en 1918 y egresó de la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile en 1942 y su tesis de prueba "Contribución al estudio de la célula hepática" fue aprobada con distinción máxima.

Ha desarrollado su labor científica y docente en el Instituto de Química Fisiológica de la Universidad de Chile y en el Servicio de Pediatría del

Hospital Arriarán, donde correspondióle organizar el Laboratorio de Investigación.

En 1949 fue distinguido con una beca de la Fundación Guggenheim, para ampliar sus investigaciones sobre metabolismo celular en la Universidad de Harvard, bajo la tuición de los profesores Hastings y Fritz Lipmann, éste último premio Nobel de Medicina.

En 1957 la Fundación Rockefeller le otorga una nueva beca en la Universidad de Wisconsin, para desarrollar sus investigaciones en el servicio del profesor Potter.

Como expresara hace un instante es actual profesor extraordinario de Química Biológica de la Universidad de Chile y titular de la misma cátedra en la Escuela de Enfermería del Servicio Nacional de Salud.

Ha sido director de numerosas tesis y colaborador permanente en numerosas revistas extranjeras y nacionales en temas de su especialidad: Metabolismo Celular, Bioquímica del Niño, Metabolismo de los Hidratos de Carbono y Metabolismo del Fósforo y del Oxígeno. Podemos agregar que es socio activo de diversas sociedades científicas nacionales y extranjeras, y como si todo ello fuese poco, ha participado con éxito en numerosos Congresos científicos realizados tanto en el país como en el extranjero.

Como podeis apreciar, la inquietud científica del profesor Niemeyer, iniciada en su condición de ayudante hasta obtener el galardón de profesor de la cátedra de Química Biológica, es el mejor acreditativo que puede lucir nuestro visitante para reconocerle su condición de ser actualmente uno de los rectores de la Química Fisiológica nacional.



No quiero dejar, en esta ocasión, de expresaros aunque sea en forma muy breve, por la limitación del tiempo, nuestra sincera opinión respecto a la obra que ha sido estimada, merecedora del premio científico *Atenea* y que nuestro Rector entregará en unos minutos más al profesor Niemeyer.

Destaca el autor que su trabajo no tiene la pretensión de ser un libro de consulta, sino un texto de introducción, dedicado a los alumnos de disciplinas biológicas, que necesitan de la Bioquímica, como conocimiento básico para comprender mejor algunos aspectos de la Fisiología General.

Tales conceptos son propios de su natural modestia; sin embargo, para quienes hemos leído con especial atención su texto, podemos expresar que el objetivo se cumple más allá de sus deseos, ya que varios de los capítulos desarrollados son una valiosa puesta al día del tema, traduciendo ello una cuidadosa revisión bibliográfica, pero también vacía y sin mencionarlo, el aporte personal que sabemos ha tenido, ya que conocemos su fecunda investigación publicada en numerosas revistas y expresada en conferencias y Congresos.

Es una obra didáctica; cumple con los requisitos esenciales de un texto de enseñanza: los temas armónicamente distribuidos, sus capítulos en exacto